



CENANDO A TOPE/TOP-LESS CON LA DERECHA DE IZQUIERDAS

FRANCISCO UMBRAL

LAS musculaturas en alabastro de la escalera, el bosque animado de los candelabros, el desvarío pictórico de las cenas, los escotes (casi topless de las damas), la espalda desnuda de las adolescentes, como playa vestida de locura o arpa al atardecer, el indiscreto encanto de la derecha y el dandismo arrugado de la izquierda. La rueda de las grandes cenas, en Madrid, una vez que se ha entrado en ella, marea al escritor, le obsesiona, le hace soluble en agua de luna y seguramente le mata con un estilete de azafrán y carmín a la mañana siguiente.

Liria

Los atletas de los atrios, que parecen haber corrido, tras nuestro paso, a ponerse el smoking para la cena, pues volvemos a encontrarlos—antes piedra, ahora sonrisa—sentados a la mesa.

En tiempos, Cayetana sola, con un infinito cansancio de batallas y Rubens descendiendo sobre ella hasta el fragor cortés de la chimenea, donde arde un leño con chaleco de ceniza, que bien pudiera ser un lacayo paciente y combustible. Ahora, Cayetana con Jesús, tras ese rumor de las llantas en la grava, como una cena en la Luna, el libro de entrada, como un gran libro de catedral, y la entrega de cualquier prenda al ujier que la espera, prenda que le entregamos con el rubor repentino y casi la certidumbre de que esté —abrigo, bufanda— llena de piojos.

Jesús, el duque, le ha metido a la casa y a la duquesa una alegría de conversación, una categoría digerible en anécdotas y una erudición irónica que es la más soportable. Liria ha cambiado.

También hay un Picasso que la duquesa compró el día antes de morir Picasso —sin ninguna premoción, claro—, con lo que la pieza se revalorizaba al infinito, en el acto, porque la suerte siempre tiene buena suerte.

O ese Chagall reciente, antología de sí mismo que hizo el pintor, con todos

los motivos chagallianos que habíamos entrevisto en los affiches del personal viajado o en aquel Museo de Amsterdam, un poco de espaldas a la ciudad, los drogatas y las palomas.

Aranguren medita su whisky, el duque consulta anécdotas con el reloj de la historia que lleva en el chaleco y el invitado de piedra y de turno (jamás volverá) nos aburre tratando de lucirse, sin entender para nada que esto es una tertulia de antaño con mucha lumbre de hogar.

El fin de las embajadas

Pitita Ridruejo, cuando embajadora de Filipinas en Madrid, también daba cenas con mapa, como en Liria, porque las grandes cenas se dividen en con/sin mapa de la mesa, para que cada uno lo consulte en el atril o las manos del criado negro, y sepa dónde le toca y quién tiene a su lado. A mí, en Liria, me ponían a la izquierda o a la derecha de Cayetana, según, y en la embajada filipina, a la derecha o a la izquierda de Pitita, según.

Si lo de Liria se ha convertido en una fiesta intelectual con la boda de la duquesa, lo de Pitita iba siempre de contactos mágicos, comensales con aura y lubina con secreto abisal y carta astral.

Las invitaciones de Pitita solían llegar por la mañana, mediante un negro eficaz a quien yo mismo abría la puerta en pijama y con gato. Cayetana y Esperanza saben, han sabido tener un salón en Madrid donde se ha hecho historia irónica de España sobre la marcha.

Otra embajada con secreto, con misterio, con encanto, era la de Argelia, en Puerta de Hierro, cuando la inolvidable Hafida Khelladi, el cuscús para Joaquín Garrigues, la capa argelina para mi frío de jardín y noche, la oposición de oro -Tamames, Garrigues, Saura, Cerecedo- bailando «andaluz» argelino y el embajador jugando al ajedrez con el embajador francés, tirados ambos en la hierba o la moqueta. (Quizá para eso se hacen las revoluciones: para jugar al ajedrez con el opresor/dominador de siglos).

Antonio Garrigues y yo, tirados en la sombra del jardín, él sobre el césped húmedo, yo sobre la capa, descansábamos de su día trilateral y mi día literal o literario, Hafida, María Cuadra, Massiel, González-Seara, más la conspiración por los rincones.

Eramos (o creíamos ser) la última

resistencia dorada a lo que ya no resistía más.

Segrelles/Puerta de Hierro

Entre Puerta de Hierro y la Dehesa de la Villa, la casa de los Segrelles, bella, extraña y enlabyrinthada, con mucha pintura y raros jardines. Noches de Sisita Pastega Miláns del Bosch, Pinto Coelho, Vilallonga, Teresa Azpiazu, algún Marañón, y la belleza como sonámbula disconforme de Paloma Segrelles, con los ojos muy abiertos a otro mundo. Una derecha secreta e inevitablemente enamorada de la izquierda.

Porque lo que uno va descubriendo en estas cenas con gente importante es que la derecha está irremediamente enamorada de la izquierda, y que, ya desde la Revolución Francesa, todo el que no es un fanático de las tierras del señorito (el señorito solía ser su abuelo conde), quiere sentar, ya que no un pobre a su mesa, sí un rojo, un infarrojo, un intelectual, un resistente o un embajador de país socialista.

La izquierda, para la derecha, es un irreprimible snobismo.

Vilallonga/Berlanga

José Luis de Vilallonga, después de París y la Platajunta, puso casa en

Madrid, Paseo de la Castellana, con Buffets falsos, Légers falsos, cuadros, en fin, no falsos, sino imitados de los grandes maestros de Francia, y firmados por el imitador con su firma de desconocido.

-Le dije a Buffet que había comprado este torero, imitando su estilo, no porque fuese más barato, sino porque me parecía mejor que los suyos.

Una insolencia muy «grande de España». Pero José Luis me deja un abrigo -un auténtico abrigo de conde- a la salida de sus cenas de invierno, lo que me permite durante unos días ir como dentro de su piel, sentirme tan alto, tan actor, tan noble, tan viajero, tan play-boy (ahora desmiente la leyenda) y tan Vilallonga.

A veces hemos cenado en su comedor azul/funcional, con un candelabro que rompía «la lógica de las sombras», y cuando yo he elogiado el buen gusto de cenar con velas, la francesísima señora de Vilallonga me ha dicho:

-Oh, no: es que nos ha estropeado el integuptog de la luz.

La adoro.

Berlanga, el director de cine, da unas cenas, en su chalet de Somosaguas, que María Jesús llena con su presencia, su sonrisa, su calor y su voz. La chimenea es un trámite estético que no nos quita el frío ni a Luis ni a mí, dos friolentos profesionales, y Amparo Soler Leal toma whisky de la casa, que

«Los atletas de los atrios de Liria parecen haber corrido tras nuestro paso a ponerse el smoking para la cena, pues volvemos a encontrarlos -antes piedra, ahora sonrisa- sentados a la mesa.»



RAMÓN RODRÍGUEZ

CENANDO A TOPE

es el bueno, mientras Angel Harguindoy cuenta «el otro Cannes», el de las orgías y el Bosco, y Senillosa, ya un poco pasado de la prisa, me llama «puta barata del periodismo», que es lo que los políticos suelen llamarnos a los periodistas en cuanto el alpiste les libera su Freud interior.

Luis tenía muchos gatos en el jardín, pero los caracoles se comían las plantas. María Jesús echó veneno para los caracoles, que se murieron; los caracoles se los comieron los gatos, que se murieron también y ya no me espera, cuando llego de noche a la casa, esa fosforescencia múltiple y mínima de los ojos felinos, a mí, que amo, como Bertrand Russell, «una cierta felinidad universal».

En los gatos y en las señoritas.

Sisita/Diderot

Sisita Pastega se viste de Diderot, algunas noches, para recibir, y Pablo va de sí mismo, cordial y seguro. Si hay mago o parapsicólogo —anda una peste de estos entes por las cenas de Madrid—, el sobrenatural, a la hora del café, monta consulta en una habitación de la parte alta y van subiendo y bajando las señoras de una en una:

—Las nuestras para nada —le digo a Berlanga—, que yo creo que se las beneficia.

Sisita es como una Catherine De-neuve pasada por Ginés Liébana, que efectivamente le ha hecho un retrato preciosista, manierista, turbadoramente caligráfico en su minimismo. Sisita es de las pocas anfitrionas con

sentido del humor (del suyo y el de los demás).

Hay una ley para triunfar en las cenas: la frase rápida sobre la anécdota larga, el chisme actual sobre la teoría general, el snobismo sobrecontra el trascendentalismo. Gracias al descubrimiento de esta ley, uno tiene en este pequeño mundo de Guermantes a la madrileña (mundo que uno ha seleccionado, más que haberse dejado seleccionar), copa de agua del tiempo en Liria, bacalao como a uno le gusta en casa de Duarte Pinto Coelho, chimenea en Somosaguas y rincón sin corrientes en El Viso (Sisita).

Lo que no suele uno tener —ay— son ganas de salir a cenar.

Los Garrigues

Antonio Garrigues Walker, en una casa trasera de la Castellana, da a veces unas cenas con Eduardo Galeano, corresponsales del «New York Times», latinochés cabreados, comunistas desconcertados, Carmen Díez de Rivera con/sin abanico y una de las hijas de Antonio, que pone discos.

En las cenas de Antonio —Rof Carballo, Carrillo, Markham—, parece que se van a tratar y resolver muchas cosas, pero al final se acaba oyendo a Pablo Neruda cantando por alguna trova nueva o vieja.

Después de preguntarme mucho qué se propone Antonio, he llegado a la conclusión de que sólo se propone eso: que cene el personal. Antonio es un Hamlet trilateral en ángulo recto,

un hombre que parece muy enérgico y decidido porque tiene ademanes enérgicos y decididos, pero que, yo creo, no ha hecho sino revestir su inteligente dubitación (quizá mucho más que política) de celérica actuación.

Juan y Carmen Garrigues, entre El Viso y Serrano, entre Roma y el Kremlin, entre cúpula, reciben muy bien —el, de terciopelo rojo; ella, de Cumbres borrascosas— y en su casa hay siempre embajadores rusos, periodistas de izquierdas, Carreros y Martín-Artajos, escultores como Pablo Serrano, socialistas fáunicos como Múgica y mujeres líricas como María Teresa de Badell de Azpiazu. Más la Massielona.

Juan comercia con los rusos, lo que le sitúa en una izquierda rara que no coincide exactamente con la española, y Carmen da conferencias, entre salsa y salsa de la lubina dos salsas, sobre la generación del 98 o la antropología de Faustino Cordón, a más de sus mentiras verdaderas, sus historias inventadas, sus crónicas de vidas no anunciadas ni vividas y su columna verbal de lo que pasa.

Los Garrigues no son los Kennedy, como los Camuñas no son los Garrigues. Una vez, en un juego de definiciones, Juan me puso: «travesti». Me hubiera gustado lo de travesti sexual, precisamente por ser falso. Pero me temo que no iba por ahí. Yo le puse: «Camuñas».

Decía que era mucho más insultante lo mío.

Una sucursal de la casa de Carmen Garrigues, es la de Teresa Azpiazu, o a la inversa. Mujeres inteligentes, renacientes, un poco intercambiables de destino (lo dije en un libro mío y se me enfadaron las dos), pares como ambas ninfas del reloj del corazón, tienen demasiados hijos y demasiados libros. Antes las preferíamos más tontas. Teresa puede juntar en una cena a Máximo con el marqués de la Deleitosa, a Vallejo-Nágera con Eduardo Roldán (pintor maldito), y a mí con Lula Nosequé, que estaba en su última cena y me enamoró.

Escobar/Calvo-Sotelo

Luis Escobar, aristócrata y hombre de teatro (Parque Conde Orgaz), está, durante sus cenas, más en hombre de mundo que en hombre de tablas.

—Tú siempre me has tenido por proustiano, Umbral. Pues verás: yo soy un analfabeto por culpa de Proust. Le descubrí en la adolescencia y ya no he leído otra cosa. En París conocí a madame Verdurin, antes de la guerra, antes de todas las guerras, y creo que Proust fue cruel con ella. Era mucho más entrañable de lo que

—La chimenea de Berlanga es un trámite estético que no nos quita el frío ni a Luis ni a mí, dos frioleros profesionales.—



RAMÓN RODRÍGUEZ



«Luis Escobar está durante sus cenas más en hombre de mundo que en hombre de tablas. Son los últimos refugios que va uno entonando en la noche madrileña.»

aparece en el libro. Todavía alcancé a otras gentes del mundo de Guermantes. Una vez estaban en la alcoba de Proust, haciéndole tertulia, él en la cama, con asma, pero sin dejar de hablar. Al anochecer, cuando Marcel revivía, propuso salir a cenar en grupo. Le dijeron que era locura, estando él en cama y tan abrigado. Proust echó a un lado la ropa y estaba de smoking impecable dentro de la cama.

En casa de Luis, Fernando Díaz-Plaja, Penagos, Mercedes Fórmica, el duque de Ahumada, un hijo del general Varela, una soltera de las cien familias, una modelo morena y malvada. Cuando abro al azar un libro de la gran biblioteca, siempre sale algo así: «Rimas equivocadas». Y viene un parreado donde la palabra «cachirulo» y el contexto hacen esperar un indeseable «culo», que el ingenioso del XIX ha sustituido por «rulo».

Otro hombre de teatro, Joaquín Calvo-Sotelo, es de los pocos autores que le invita a uno a cenar y no le lee una comedia. Es tan de agradecer como que Tejero no brasece a 15 diputados, ya puesto. Juliana, su mujer, es tan adorable como la cabeza que le hizo Pablo Serrano, y que da sombra a las cuartillas de Joaquín, cuando escribe. En esta casa, una de las criadas me trae tónica Shwepps, incesantemente, toda la noche. Es la consigna. Son los últimos refugios que va uno encontrando en la noche madrileña.

Tierno/Tamames

Tamames daba, primero en Capitán Haya y ahora en Costa Fleming, unas cenas en pie, en la terraza, con mucho carnaval do río en la discoteca de Carmen, y algunos economistas de izquierdas, más la sombra gris y desatendida de Calvo Serer, que hablaba solo con los aparadores.

La cosa solía terminar -César

Alonso de los Ríos, cuadros de Ramón, un medallón fotográfico de Marx- en el cercano Mau-Mau, o bien el Mau-Mau venía a casa, con penumbras, músicas, baile, whisky y conversación.

Tierno me ha hecho disfrutar siempre de unas cenas itinerantes, ya que él es un filósofo peripatético, de modo que hemos ido por Santa Engracia -el alcalde a cuerpo en el invierno crudo-, con Carmen Díaz de Rivera, a la busca del anís escarchado, que él me regalaba como un ramo de flores marinas y todo el mar embotellado, o a la busca más municipal y espesa del anís «Machaquito», que a veces el propio Machaquito, vestido de luces y con la estampa rufa que tiene en la botella, nos servía en tabernas imposibles.

-Umbral, cultura es lo que no conocemos.

Pinto Coelho

Duarte Pinto Coelho, calle de Don Pedro, tiene esa gran casa/museo (eran unos laboratorios farmacéuticos), en que la cornucopia mordoré sucede al living funcional, y el dormitorio Regencia al retablo tardobarroco.

Entre Liria y la casa de Pinto Coelho situaría yo los dos polos, las dos filosofías de la cena: la aristotélica y la heraclitana. Liria es lo no fugitivo, que permanece y dura, eso que Luis Rosales llama «vida acumulativa», el adunamiento de Rubens sobre Rubens y batallas sobre batallas, en un sueño de óleos que empuña las consolas.

Liria es Aristóteles, Santo Tomás, Ribera y López Mezquita. (Todo ello meneado por la fronda de Chagall y los golfos de la Escuela de Frankfurt o el nihilismo de Gioran, que el duque ha metido en la casa).

El palacio de Pinto Coelho, en la morería de Cansinos-Asséns, es Hera-

clito, el río de espejos en que Duarte nunca se baña dos veces, porque todo el mobiliario está en venta, a disposición del visitante. No vivir en una tienda, sino la sublimación de la tienda como forma de vida, el rechazo de la necesidad y la entrega al azar de la compra, porque el azar en sí mismo ya es una antiquité. Dos maneras de vivir (que resumen todas las demás aquí resumidas), dos maneras de cenar, dos maneras de estar en el mundo.

Teoría de la cena

Así como los premios curan el resentimiento, las cenas curan el hambre de triunfo social. Madrid abre muchos teatros todas las noches (más que París, proporcionalmente), pero la gran representación se da en las cenas. Dice el maestro Aranguren (con quien coincido en algunas cenas, como aquí he reseñado), que todo es representación. Claro, me lo decía hace poco Italo Calvino: la máscara final es la que coincide con nuestro rostro. La cena es siempre un poco cena del Rey Baltasar: representación, rito. Con director/a de escena, personajes y decorado. Con unidad de acción, lugar y tiempo, pero sin argumento. En la cena, cada cual se representa a sí mismo. La cena de sociedad está entre el psicodrama y Shakespeare. El desdoblamiento de la vida social no consiste, como se cree, en exhibir lo más exterior y convencional de uno, sino que pone en juego la individualidad última, que hay que exhibir como una espada. El yo social se agota en los primeros saludos, y luego es el yo más interior el que ha de irse vaciando, escanciando, escandiendo, en un psicodrama sin drama. Dice Baudelaire, reflexiones sobre el número, que en un acto público cada uno disfruta de los demás. Eso es: cada uno representa para los demás y es espectador de todos. Observar marquesas es tan apasionante como observar porteras. Lo que a uno le hace intelectual, o cuando menos inteligente, es observar. Proust es tan delicioso hablando de la criada Francisca (y tan preciso) como hablando de la señora de Guermantes. La cena como representación nos hace conscientes del desdoblamiento en que consistimos, se abre el espacio para ese desdoblamiento, y pone en juego un yo (por hostigamiento refinado) que seguramente ignorábamos. Unas noches se cena con Aristóteles, ya digo, y otras con Heráclito y los presocráticos, como en una última cena de cinco siglos antes de Cristo.

Con quien casi nunca se cena, realmente, es con el que da la cena. ■ F. U.